

CULTURA.

► La vallisoletana Silvia González se abre paso con sus esculturas en Nueva York ► Algunas de sus creaciones formarán parte de la película 'The Trade' ► En febrero expondrá en Manhattan

«España limita a los artistas y yo deseo fluir como arte»

LOLA LEONARDO

VALLADOLID.— Espera pacientemente en un café de la Plaza Mayor. El atasco navideño es más insoportable que nunca. Parking cerrado. Calles saturadas. Silvia toma un café con leche de una del mediodía. Sigue esperando. Seguro que observa caras y gestos desde sus ojos inquietos e inquietantes.

Fauna de visones de sesenta y jubilados de banca rodean su mesa. Conversaciones de compras, de nietos con complejo de Einstein, de familias unidas en Navidad. Y un Solán de Cabras que dura hora y media manchado de carmín de *todoocén*.

Por fin. Cambio de lugar en busca de un vino de la tierra por eso de que «ya no son horas de cafés». Y comienza una charla de confidencias entre pequeños sorbos y humos de Ducados.

Silvia González Franco, nacida del otoño en Alemania. Llegada a Valladolid a eso de los siete. Infancia en un internado de Caca-belos. Y siempre soñando con salir, con escapar, con conocer los mundos de allá fuera y buscar un escape a su ahogo.

Estudió en la Escuela de Arte de Valladolid. Concursos, premios, búsquedas, experimentos. Y que Silvia quería más.

La decisión llegó hace cinco años. «Tenía algo más de dos millones y nada que perder». Y allá que se fue, un 13 de abril de 1996. Nueva York se abrió para ella como el mundo de los mundos que concentra a todo el universo en una sola manzana.

«Es fascinante. Pasear entre la gente es toda una experiencia. Hay caras de mil tipos, expresiones increíbles...» Todo un entorno de posibilidades para desarrollar su pasión: la escultura.

Estudia en The Art Students League, donde talla madera sin parar de 9 a 12.30. Pero como no sólo de arte vive el hombre, trabaja en las oficinas de la misma escuela hasta las 16.30. Después, clases de dibujo, gimnasio, paseo en busca de caras para sus ideas y el descanso en su apartamento compartiendo charlas e inquietudes con su compañero y observando los increíbles ojos de su enorme gata rusa. Y un estudio allí mismo para seguir modelando el mundo, para crear gestos en rostros que estremecen...

Noticias desde NY

Silvia vuelve a casa por Navidad para el reencuentro con la familia y los amigos. Llega entusiasmada con su vida neoyorquina y su próxima exposición en Manhattan. Otra gran noticia: algunas de sus esculturas han sido seleccionadas para una película, *The trade*, que una productora indepen-

diente estrenará dentro de nueve meses.

En unos días, adiós a Valladolid y Nueva York de nuevo en la mirada. «Es un lugar que me renueva como persona y como artista. Allí, o en cualquier sitio al que vaya, quiero seguir aprendiendo, asimilando y desarrollando mi trabajo, porque éste surge del terreno de lo emocional, de las vivencias: es puro sentimiento», suelta Silvia apenas sin respirar.

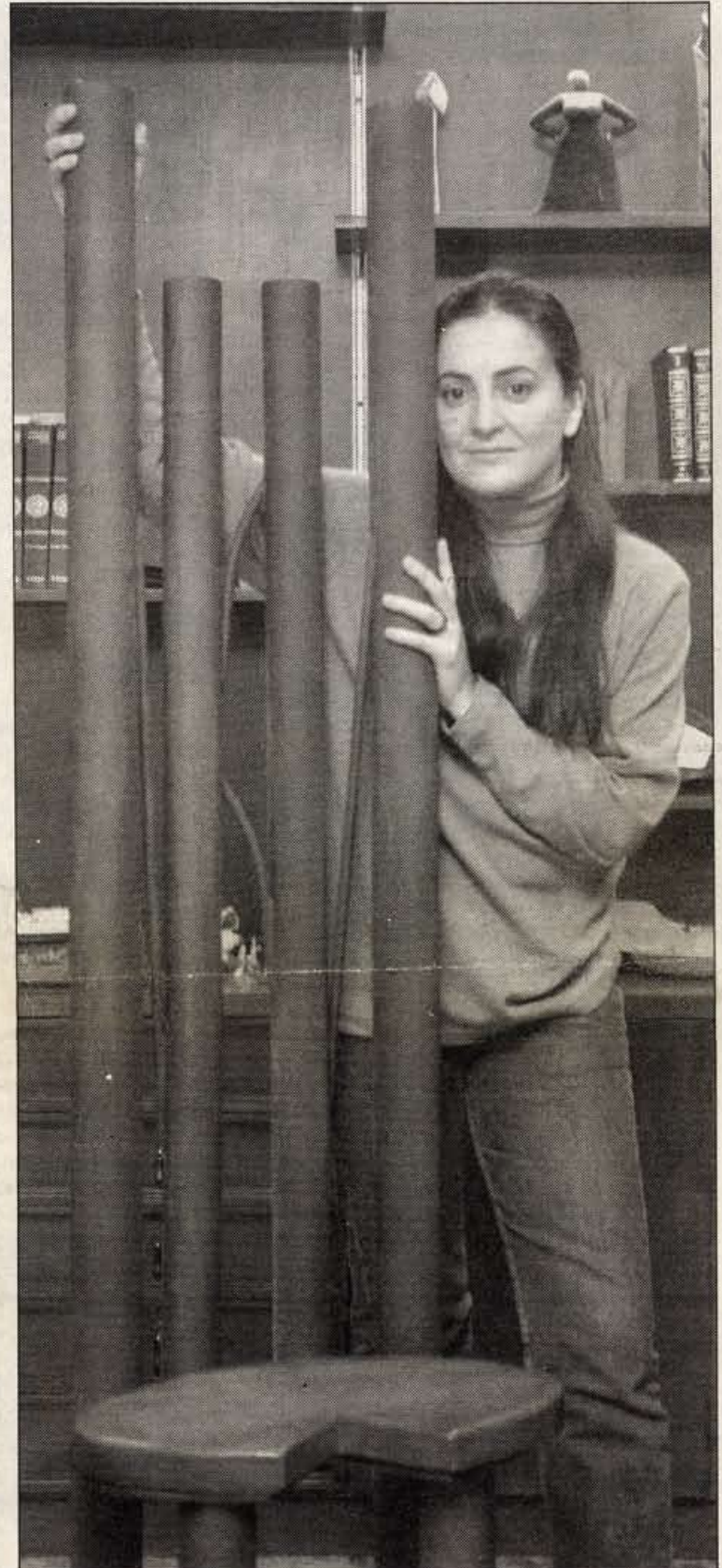
Se ha traído con ella su trabajo reducido a disquete. Lo muestra con el entusiasmo de una quinceañera de treinta y pocos. Sus primeras esculturas. Su arte africano. Sus personajes desmembrados, amputados de elementos superfluos. Brazos que no existen, piernas que se cortan. Pero siempre rostros: «Todo está en los ojos, en la mirada, en los gestos», argumenta.

¿Por qué tan lejos, Silvia? Te lo habrán preguntado un montón de veces tus padres. ¿Por qué ese salto de tantas distancias en metros? ¿Por qué no más cerca?

Educar en el arte

«Valladolid no es el centro del mundo, aunque siempre haya alguien que lo piense; España, tampoco. Aquí uno se estanca, no evoluciona. Y lo que yo quiero es fluir como arte. Ya sé que todo está inventado, pero quiero que mis creaciones sean lo más puras que pueda. El español no está demasiado bien educado para el arte. Todo eso te limita».

Y Silvia necesitaba volar para no perderse en un charco de ahogos y frustraciones. Nada mejor que abrir sus alas y poner sus manos y su mente a disposición del arte.



Silvia González junto a una silla diseñada por ella y algunas de sus obras.

REPORTAJE GRÁFICO: FELIPE FERNÁNDEZ

Y quizá llegue a Africa

Hay algo primitivo en los rostros de sus creaciones. Primario, quizá. No sabe cómo comenzó a modelar Africa, qué motivo le impulsó a llevar rostros tribales a sus maderas. «Creo que algún día me iré allí. Me gustaría integrarme en una tribu y tallar madera». Eso, a largo plazo, o a corto, porque Silvia se mueve por pasiones y la de irse

a Africa le puede brotar en cualquier momento de las mismísimas entrañas.

La vida es para Silvia un reto continuo donde nada es imposible: «Si pones energía, las cosas van saliendo bien».

Y en Nueva York la vida se le abre como un mundo nuevo que se renueva cada mañana. «Nueva York —señala— es un lugar de

aprendizaje, una gran escuela de la que puedes ir tomando cosas para formarte como artista y como persona».

Un año y medio con cursos intensivos de inglés le han servido a esta vallisoletana para comunicarse y para integrarse en la comunidad. Silvia es neoyorquina porque allí el mundo es abierto. Y es de todos.